

Históricas Digital

“Rosas”

p. 155-159

Martín Quirarte

Carlos Pereyra. Caballero Andante de la Historia

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1952

214 p.

(Publicaciones del Instituto de Historia, 29)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/026/Carlos_Pereyra.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Deshaciendo Injusticias y Reparando Agravios.

Habéis de saber que mi descanso es pelear y mi sueño
es velar.

El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ROSAS

Entre los años de 1918 y 1919¹²³ aparecen entre otros, tres libros de don Carlos, que tienen finalidades de reivindicación: “*Rosas y Thiers*”, “*Francisco Solano López y La Guerra del Paraguay*” y “*El Pensamiento Político de Alberdi*”.

El libro de Alberdi es la historia de un político, que elaboró una de las doctrinas sociales más sólidas de Hispanoamérica, que después pasó por las vicisitudes del destierro y que no había sido valorado con absoluta justicia. Por lo que se refiere a la actitud de Pereyra frente a Rosas y a Solano López, dos tipos que pueden considerarse como exponentes de dictadores hispanoamericanos, mas que de hacer su defensa, se preocupó por explicarlos. En los países hispanoamericanos es sumamente difícil hablar de dictaduras, frente a un auditorio o un grupo de lectores, que se piensan portaestandartes de la libertad. Mucho más difícil resulta convencer a políticos que creen que serían incapaces de sostener una autocracia. ¡Y sin embargo; cuántos de éstos, que han pregonado el respeto de las formas democráticas, han sido la negación misma de la tesis que tan vehementemente proclaman! Para no hablar de otros países de Iberoamérica, básteme el ejemplo de México.

¹²³ Como nota con supremo acierto don Angel Doctor, el bienio 1918-1919 constituye “uno de los períodos más fecundos de Pereyra”.



Juárez, considerado por algunos como la encarnación de la más estricta legalidad, múltiples veces atropelló el sistema constitucional.

Porfirio Díaz, que censuraba a Juárez su ambición de mando, condenó después a Lerdo de Tejada por tratar de convertir en juguete el sufragio electoral. Sin embargo, cuando llegó a la Presidencia de la República, hizo lo mismo que tan duramente censuraba a sus adversarios políticos.

Pero como en Iberoamérica la historia la han forjado fundamentalmente los vencedores, muchas dictaduras derribadas por los que se llaman restauradores del orden social y de la libertad, son juzgadas posteriormente con criterio desfavorable.

Rosas es uno de esos hombres, a quienes el odio político no absuelve ni en la desgracia; condenado acremente desde cuando estaba en el apogeo de su poder dictatorial, sus adversarios no lo perdonaron ni en la tumba. Es más, después de su muerte, todavía se le anatematizaba. Esta incomprensión es perfectamente explicable. Los mayores talentos literarios de su patria, fueron sus adversarios. Con excepción del ecuatoriano García Moreno, que tuvo como rival a un gigante de la magnitud de Montalvo, ningún dictador de hispanoamérica ha tenido adversarios intelectuales del tamaño de los enemigos de Rosas: dos de ellos, para no citar más, don Juan Bautista Alberdi y don Domingo Faustino Sarmiento, eran maestros consumados en el manejo de la ironía. Ciertamente es que los dictarios de Alberdi y los dardos envenenados del autor de *Facundo*, contra Rosas, se explican dentro de las condiciones políticas que imperaban en el momento en que se produjeron. Pero hacía falta una labor rectificadora, una vez que se había ya enfriado el encono de las pasiones. Don Carlos Pereyra, que demostró siempre tener mayor entusiasmo por vindicar reputaciones, que por exaltar figuras consagradas, dejó en su justa posición a Rosas. Consciente de que a este hombre de Estado no lo han historiado sino que lo han novelado, él va a tratarlo dentro de la más estricta realidad histórica. No estudia a Rosas



para defender a Rosas; en cierto sentido “*Rosas le es indiferente, y si lo considera desde un punto de vista más bien simpático, es porque después de estudiar sin prejuicio un aspecto de su gestión pública, lo encuentra dotado de serenidad, juicio, previsión y patriotismo*”.¹²⁴

“*Rosas leyó el Facundo de Sarmiento, y comprendió que allí estaba su reputación histórica*”. Pero afortunadamente para la memoria del dictador, un día tenía que sonar la hora de la rehabilitación. Y aun sin proponérselo Pereyra, de sus investigaciones históricas al respecto, tenía que surgir la defensa de Rosas. Dice don Carlos, que Varela afirmaba que durante la época de Rosas no había habido historia, sino solamente “*una horripilante crónica de sangre y de ignominia*”. Si con esta comodidad se pudiera sintetizar la historia, yo podría resumir la vida política de México con unas palabras de Goethe: *aquí se ha hecho lo indescriptible*. Y habría formulado una de las más brillantes sentencias de la filosofía de la historia. Pero no, las investigaciones históricas siguen otros caminos. La historia no la han hecho los santos, aunque la vida de los santos forma una parte de la historia. Y el historiador tiene el deber de enfrentarse al pasado para contemplar el panorama con todas sus luces y sombras.

Pereyra se daba cuenta de la tremenda dificultad que había que vencer para hablar de un dictador iberoamericano a quien se considera como tirano:

“*Para los TIRANOS de América no hay historia. Mientras toman con la omnipotencia de su fuerza personal, no conocen otro lenguaje que el de la adulación, contrapuesto al de las diatribas de sus enemigos, generalmente publicadas en el extranjero. Y cuando caen, la adulación enmudece, los enemigos quedan olvidados, y los enemigos del déspota registrar como sentencia histórica la expresión de la venganza*”.¹²⁵

¹²⁴ Carlos Pereyra, Rosas y Thiers, pág. 12.

¹²⁵ Rosas y Thiers, ob. cit., pág. 7.



R E P A R A N D O A G R A V I O S

Más que las narraciones de la política interna de Rosas, Pereyra le interesa la conducta del Dictador frente a la amenaza exterior de que fué víctima. Allí es donde le parece que Rosas logra tener aciertos y una rectitud moral que no alcanza en su tiempo ninguno de sus contemporáneos:

“Yo no pretendo corregir a otros, sino patentizar que en su conflicto con el extranjero, Rosas se mostró superior a los unitarios y a los discípulos de Echeverría, así en talento, como en serenidad y en rectitud patriótica. Tomada en conjunto, es admirable la obra diplomática de Rosas, y lejos de poderse explicar como resultado de una locura moral en todo lo que debe constituir el fondo de las preocupaciones de un hombre público”.

Nuestro autor está muy lejos de creer que la capacidad de Rosas hubiese sido la de un gran estadista, pero aspira a reducirlo a sus proporciones reales y sobre todo a medirlo con políticos como Rivadavia y Bartolomé Mitre.

Pero la preocupación de don Carlos, dentro del libro que venimos examinando, no se concreta sólo a mirar el caso particular de la Argentina, bajo el mando dictatorial de Rosas. No puede escapar a la tentación de hablar de ciertos temas que fueron la obsesión de toda su vida. Ellos son la intervención de los Estados Unidos en Hispanoamérica, y la conducta de Europa en sus relaciones con los países iberoamericanos. Condena con toda la fuerza de su elocuencia las conquistas del monroísmo, además de censurar la torpe y nefasta política americanista de Thiers.

Como americano que siente en el cuello la bota de la insolencia europea, ve con el mayor desprecio a los que en nombre de la civilización quieren corregir la barbarie hispanoamericana:



Ya es muy viejo todo lo que sabemos de la selva virgen. Lo nuevo, lo sugestivo, y tal vez lo científico, sería estudiar la danza de las cabelleras con que un día sí y otro también divierte al mundo la civilizada Europa.

Y no se vea en esto un americanismo rabioso, sino el deseo de que los sabios psicólogos cambien la suerte. Injuriemos al menos con originalidad y gracia.¹²⁷